

chó, y se halla á las orillas del rio *Yaqui*, tan caudaloso como el Hebro en Tortosa, segun la expresion de Herrera; de modo que la gente pasó en balsas y canoas, y por estar sus orillas cubiertas de cañas, lo llamó el Almirante el *Rio de las Cañas*, sin acordarse que en su primer viage le habia llamado el *Rio del Oro*, que sale á la mar junto á *Monte Cristo*. Pasado este rio se encontró con una gran poblacion de indios, cuyas casas eran redondas, cubiertas de paja, con una puertecilla que era menester bajarse mucho para entrar en ellas. Luego que lo vieron los indios se huyeron, y los que quedaban en las casas atravesaban á sus puertas algunas cañas: el Almirante conociendo tal simplicidad, mandó que no se les hiciese mal: acariciaba á los que encontraba, con lo que se aseguraban. Lo mismo le sucedió en los demás pueblos, pues segun la costumbre que tenian, ningun indio se atrevia á entrar por la puerta donde habia semejantes barras. De aquí pasó el Almirante á otro bellisimo rio, que llamó *Rio Verde*, cuyas aguas le parecian fresquissimas, y fué á pasar aquella noche al pie de un monte, de el puerto de Cibão, porque desde que se pasa, comienza la provincia de Cibão, á la que Herrera dá tanta extension como la del reino de Portugal. Subido el puerto, tuvo segunda vez el Almirante el gusto de recrearse con la vista de la *Vega Real*, que se descubria casi toda entera porque alli estaba como en medio de su longitud. Parecia un jardin bien cultivado, entre cortado de cañerías naturales que parecian hechas á propósito y llevaban unas aguas abundantes y limpias por todas partes, cargadas de granos y polvillo de oro, y las mas saludables del mundo. Sguió su camino por las tierras de *Cibão* que es áspera y peñascosa, bañada de infinitos rios y arroyos, y en todos se halla oro, porque las grandes lluvias traen de lo mas alto de los montes los granillos menudos de este metal á los arroyos. Hay pocas arboledas en toda esta provincia, que es sequísima, salvo en los bajíos de los rios, y por la mayor parte son pinos y palmas de varias especies, en lo demás es tierra sanísima; los aires son suaves, y las aguas buenas y delgadas. Salian los indios á los caminos á recibir el Almirante con presentes de comida, y granos de oro, despues que supieron que venia por esta razon: á mas de eso en diez y ocho leguas que tenia andadas el Almirante desde la *Isabela* se descubrió una mina de cobre, otra de azul fino, y otra de ambar: por la corteidad de esas minas no se ha hecho caso despues, ni se ha oido hablar desde aquel tiempo de tales minerales. No obstante merecia mayor atencion tomar posesion de un pais, donde a cada paso se pisaba el oro, y se veian producciones de minerales tan útiles.

Considerando pues, el Almirante, que la tierra que dejaba á las espaldas era muy áspera, mandó para seguridad de los cristianos que anduviesen en las minas, labrar una casa fuerte ó castillo en sitio muy ameno, casi aislado por un rio muy hermoso llamado *Xanique* que se edificó de tápia y madera, guarnecido de un buen foso donde no lo cercaba el rio. Llamóse este castillo la

*fortaleza de Santo Tomás*, por la incredulidad de algunos que porñaban en no creer lo que se decia de las minas de Cibão, hasta que vieron el oro por sus ojos. Dejó el Almirante por alcaide, ó gobernador de aquella nueva fortaleza á D. Pedro Margarit, caballero catalán, hombre de mucha autoridad á quien Oviedo le dá algunas veces el título de comendador, dándole cincuenta y seis soldados, y algunos maestros para la construccion del castillo, y el Almirante se volvió á la *Isabela*, á donde llegó el dia veinte y nueve de marzo, y halló esta nueva ciudad en el estado mas triste. Las municiones de boca estaban ya á punto de acabarse del todo: no se podia acostumbrar la gente á los alimentos de la tierra, fatigada mucho de las obras, y casi toda muy débil, y trabajada por la sutileza del aire y penuria de bastimentos por lo cual caian enfermos sin tener mas alimentos de Castilla que bizcochos y vino, por el mal gobierno que habian tenido los capitanes de los navios, y tambien porque en aquellas tierras no se conservan las cosas como en la nuestra. Con la escasez de víveres enfermaban muchos de melancolía, y conforme menguaban los bastimentos no habiendo remedios para la asistencia y cura de los males, menguaba tambien la gente; y porque faltaba ya el bizcocho y la harina, para hacerle determinó hacer algunos molinos para moler trigo, y estando la gente de trabajo enferma convenia que los nobles trabajasen, cosa que sentian de muerte, y mas vendose contentados á unos trabajos penosos y humildes, y mal comidos. Comenzaron entonces las quejas que fueron sostenidas del padre Bóil que empezó á indignarse contra el Almirante reprendiéndole de cruel; otros autores dicen que su odio procedió de no darle para sí y sus compañeros y criados las raciones tan crecidas como queria; pero refieren con mas razon otros historiadores, y son los mas, que despues que el Almirante concluyó la poblacion de la isla (45) y de haber dado otras providencias, se fué en tres carabelas á descubrir tierras, como lo mandaron los reyes, y descubrió á Cuba por el lado meridional, á Jamaica y á otras islas pequeñas: que vuelto á la Española por haber hallado los suyos muy aterados, y haber tenido poco respeto á sus hermanos; como tambien por haber hecho mal á los indios, castigó á algunos de ellos ásperamente, mandando ahorcar y azotar cruelmente ántes á las cabezas de las facciones y alborotos. Aunque Colón ejecutaba estos castigos con justicia, le parecieron muy asperos y excesivos al padre Bóil, y así como vicario apostólico, que tenia las veces del papa, íbale á la mano el Almirante, fulminando contra él las mas rigurosas censuras, (46) hacia cesar el oficio divino, y el Almirante mandaba cesar la racion del padre Bóil y de sus compañeros. [\*] Entonces Pedro Margarit, castellano de la fortaleza de Santo

[45] *Francisco Lopez Gomara fol. 13 histor. ind.*

[46] *Hé aquí un abuso el mas criminal.*

[\*] *¡Excelente castigo para un fraile!*

Tomás, amigo y paisano del padre Bóil, y otros caballeros distinguidos entendían en hacerlos amigos, y por poco tiempo lo consiguieron. De esto nacieron diversas opiniones (que serán las honestas contenciones que dice Bocio [\*]) nacian entre Bóil y el Almirante sobre no maltratar los indios.) Así anduvo la cosa muy revuelta por mucho tiempo en gran perjuicio de la conversion, y el uno y el otro escribieron sobre ello á los Reyes: verémos en breve las consecuencias de estos disgustos.

Hallándose el Almirante con estos sinsabores, llegó aviso de la fortaleza de *Santo Tomás* que el cacique *Caunabo* se apercibía para ir á sitiaria con cantidad grande de indios, desamparando ya los indios de la *Isabela* sus pueblos. Envió inmediatamente al capitán Ojeda á *Santo Tomás* con buen número de soldados, que serian mas de trescientos, para suceder á Margarit en el gobierno de la fortaleza, como quier habia trabajado tanto en el invierno pasado en descubrir la provincia de Cibáo, con órden de dar gente al referido Margarit, para que anduviese por la tierra y enseñase las fuerzas de los cristianos, mayormente por la *Vega Real* á donde habia muchos caciques y indios belicosos; y así mismo para que los castellanos se fuesen poco á poco haciendo á los alimentos de la tierra, porque cada día habia mas falta de los víveres de Castilla. El capitán Ojeda marchó con toda diligencia, y despues de haber pasado el rio del oro prendió al cacique, de allí á su hermano y á un sobrino, y los envió al Almirante con cadenas; mandó cortar las orejas á un indio en medio de la plaza por haber dejado unos soldados que pasaban un rio sin su ropa, volviéndose al pueblo con ella, y el cacique en lugar de castigarlos tomó para sí la ropa y no la quiso restituir. Otro cacique confiado en los servicios que habia hecho á los cristianos, determinó ir con los presos á la *Isabela*, para rogar por ellos al Almirante, el cual llegando los presos, mandó que en la plaza les cortasen las cabezas; pero por contemplacion del cacique que con lágrimas pidió sus vidas, prometiendo que no cometerian otro delito, los dió por libres. Súpose tambien que cinco cristianos viéndose cercados en el territorio del cacique preso, por una multitud grande de indios, los hizo huir á todos atropellándolos con los caballos. Con esto se sosegaron por entonces los rumores que se tenían en la Española, y resuelto el Almirante á ir á descubrir la tierra firme, como los Reyes se lo habian mandado, y para que la isla quedase bien gobernada, formó un consejo que quedase en su lugar, y se componia de D. Diego Colón, su hermano, con título de presidente, y por consejeros el padre Fr. Bóil, Pedro Hernandez Coronel, alguacil mayor, y regentes Alonso Sanchez de Carbajal, y Juan de Lujan, y para que no faltase harina para el socorro de la gente, procuró con gran solicitud la fábrica de molinos: á todos dió instrumentos como mejor le parecia que conve-

[\*] *Tomás Bocio lib. 1. de sign. eccles.*

nia, y tomando una nave y dos carabelas con la tripulacion necesaria, salió á descubrir por la tierra de Cuba, sin saber si era isla ó tierra firme. Gastó como cinco meses en este viage desde veinte y cuatro de abril, hasta veinte y siete de setiembre. Dió toda la vuelta á la isla de Cuba, y se desengañó que no era tierra firme, aunque algunos historiadores dicen que dudó toda su vida, si era isla ó continente. Descubrió despues otra isla grande á la que puso el nombre de *Santiago*; pero el de Jamaica que le daban sus habitantes quedó prevaleciendo. Sufrió muchos trabajos en esta navegacion, tanto por falta de víveres, como por las tempestades y otros accidentes: corrió grandes riesgos, y varias veces naufragó y dió en bajos: al fin tocó en la isla de la *Mona*, isla pequeña que cae entre la Española y Porto Rico: allí enfermó de cuidado, y á toda prisa lo llevaron los marineros á la *Isabela*, y el contento que recibió el Almirante con la presencia de su hermano D. Bartolomé fué tan grande, que en breves dias recuperó la salud. Habia muchos años que no se habian visto, y desde que habia ido á ajustar el descubrimiento de las Indias con el Rey de Inglaterra como hemos dicho, no habia tenido noticia de él y lo creia muerto. Tardó mucho en aprender la lengua inglesa, y al cabo de siete años enfadado de no conseguir cosa en aquella córte, despues de haberse concertado en algun modo con el Rey que era Enrique VII, determinó volverse á Castilla en busca de su hermano; pasó por París, y quiso saludar á Carlos VIII, que le recibió con mucho agrado, y supo que su hermano al Almirante habia descubierto las Indias, y le mandó dar cien escudos para el camino; y aunque se dió prisa para llegar á España á ver el Almirante halló que segunda vez habia marchado con los diez siete navios. Fué á besar la mano á los Reyes católicos que estaban entonces en Valladolid, le honraron mucho y le enviaron á las Indias con tres navios, en que se remitian bastimentos para el Almirante; llegó á la Española por abril, y surgió en el puerto de *Isabela* pocos dias despues que su hermano habia ido al descubrimiento de Cuba. Parecióle al Almirante, que convenia darle autoridad á su hermano D. Bartolomé para que le ayudase en sus empresas, y le sirviese de consuelo y descanso, por cuyo motivo dióle el título de Adelantado (que es lo mismo que teniente general, prefecto y gobernador, de las Indias;) y aunque no lo hallaron á bien los Reyes católicos diciendo que no habian concedido al Almirante poder para dar aquel título, porque á ellos pertenecia privativamente; algunos años despues se le confirmaron, y en verdad que era sugeto muy acreedor á esta tan alta dignidad, pues D. Bartolomé no era menos aventajado que su hermano D. Cristobal. Aun se observa en las historias que D. Bartolomé, fué maestro del Almirante, de cosmografía y tambien de geografía, lo que dió á entender que era su hermano mayor: su conducta era muy medida y sábia: pasó por uno de los hombres mas valientes de su tiempo, era liberal y de ánimo generoso, y como dice Herrera era áspero de condicion, y

libre; causa por donde le aborrecieron muchos: mejor se deberá decir que la envidia quiso obscurecer sus virtudes con esta nota, y es cierto que en varias ocasiones la emulacion maligna desbarató las medidas cuerdas de estos dos hermanos por el sentimiento que causaba la prepotencia y grandeza de estos pilotos estrangeros.

Con la ayuda y consejo del hermano, descansó el Almirante y vivió con mucha quietud. El socorro de víveres que le habia traído no podia haber venido á mejor tiempo; pero no alcanzaban para tanta gente: volvió á espermentarse la hambre que produjo muchos desórdenes. El mayor daño provenia de la tropa que estaba bajo las órdenes de Pedro Margarit. Este oficial á quien se habia confiado el mando de un buen número de tropas, para que corriese la isla y la redujese á la obediencia de los Reyes católicos, especialmente la provincia de Cibáo de que se esperaba la mayor utilidad con el encargo de contener sus soldados en la mas exácta disciplina, para quitar á los indios todo motivo de queja; hizo todo lo contrario, porque luego que partió el Almirante se fué con su ejército á la Vega Real, que dista diez leguas de la Isabela, alojó á los soldados en aquellas poblaciones donde vivían sin regla ni disciplina, pues era mucho pedir que un soldado mal comido no lo fuese á buscar con armas en la mano, asi como no podian los pobres indios contribuirles tanta cantidad de víveres, como pedian; les tomaban por fuerza lo que tenían, y abandonándose á todo género de licencias militares los soldados cometieron para con los pobres isleños las mas excesivas violencias. Pensaron entonces los naturales como habian de echar á los cristianos fuera de su tierra, comenzando á experimentar que no tenían que esperar de semejantes gentes amparo alguno, ántes bien mucho que temer de su parte. Coligáronse los cuatro Reyes principales de la isla con sus caciques subalternos, (menos el Rey del *Marien*) para espeler á los castellanos que ya aborrecian hasta los que no los habian visto con la fama de sus vejaciones y mala conducta. Cuantos castellanos caían en sus manos desprevénidos, á tantos mataban de un modo cruel; muchos de ellos que se habian refugiado en un jacal, ó casa de paja, fueron quemados en él sin remedio. Luego que supo lo que pasaba D. Diego Colón gobernador de la Isabela y presidente del consejo, fundado por el Almirante, hizo que los del consejo reprendiesen á D. Pedro Margarit, porque no reformaba la vida licenciosa de los soldados: comenzó á responderles con desagrado, enviándoles cartas muy desvergonzadas. Se retiró á la fortaleza de Santo Tomás dejando á su tropa entera libertad, para procurarse bastimentos por las vias que quisieron, porque ya les apuraba la hambre, y á él como á todos, y no era solo este azote el que le atormentaba, padecia (47) de antemano gravísimos dolores, que no le dejaban descansar, ni de dia ni de noche, oca-

[47] P. Charlevoix *hist. de Santo Domingo ó española*, pág. 116. tom. 1.

sionado por el *virus venéreo que le habian regalado* unas indias principales. (48) Pensando Margarit que la causa de aquellos dolores era por la intemperie del pais, y por sus malos alimentos, resolvió volverse á España, y con este fin se fué á la Isabela, y como estaba disgustado con el gobernador cuya nobleza nueva le chocaba, engreído él por su gran nacimiento le trató con tanto desprecio que nó se dignó hacerle una visita: trató luego de hablar mal de los colonos con algunos de su bando, á los que se agregó el padre Bóil, quien tuvo la imprudencia de publicar que queria ir á desengañar á los Reyes católicos sobre las pretendidas minas de Cibáo que les habia informado el Almirante. De las amenazas pasaron á los efectos. Pedro Margarit y el padre Bóil se embarcaron en los tres navios que llevó D. Bartolomé Colón para volverse á Castilla. Llegados á la córte, informaron contra los colonos, diciendo todo el mal que pudieron de ellos, añadiendo que no habia oro, y que todo era burla y embeleco cuanto el Almirante decia: que verdaderamente habia tal cual grano de este metal en la isla Española, que se acabaria bien pronto, y que por tan poco no convenia sacrificar tanto hombre de bien, ni hacer tantos gastos: que si con todo eso se hallaba por conveniente mantener alguna colonia en aquellas partes, que se haria preciso enviar á unos gefes mas capaces para su gobierno que no los tres hermanos genoveses. Oviedo dice, (49) que estaban ya bien informados los Reyes de las vejaciones que se hacian de nuestra parte á los miserables indios, motivo porque llamaron á esos dos personajes, y que se dignaron oír principalmente al padre Bóil y á otros quejosos, para instruirse mejor de las cosas del Almirante, las que sus émulos hacian por ventura mas criminales de lo que eran; pero hay apariencias de que se engaña este autor en esto, y Herrera (50) por su lado dice que volvió á Castilla Margarit, temiendo el castigo que se merecia por su desobediencia, y los desórdenes que consintió á su tropa, llevando consigo á Fr. Bóil con algunas personas de su partido: lo mismo dice D. Fernando Colón que queriendo Margarit ser superior á todos por no esperar al Almirante á quien habia de dar cuenta de su cargo, se embarcó sin dar otra cuenta de sí, ni dejar orden alguna á la gente que le habia encomendado; (51) de cualquier modo que halla sido el viage, sin licencia ó con ella á España de D. Pedro Margarit, aquí fué donde se terminó el *apostolado* del padre Fr. Bernardo Bóil, (52) el primero que como dice Honorio Filopóno, haya predicado á Jesucristo en el

[48] *Tambien en México se hacen estos obsequios.*

[49] *Gonzal. Fernand. de Oviedo crón. de las ind. lib. 3. c. 3.*

[50] *Herrera decad. 1. lib. 11. p. 49.*

[51] *Ferdinand. Colón. cap. IX. pág. 59 mihi.*

[52] *¿Qué hubiera sido de la religion si los apóstoles de Jesucristo hubieran tenido las mañas y conducta de este fraile? E. E.*

nuevo mundo, creyendo que era monge benito, y hablando muy á mal de los padres jesuitas que no le dan la preferencia sobre San Francisco Xavier.

Pero volviendo á la vuelta precipitada á Castilla de Pedro Margarit con el padre Bóil, apenas habian partido de la Isabéla, cuando entró el Almirante en ella previendo mas sin remedio las consecuencias del viage del gobernador y del vicario apostólico. Luego que supo Guacanagari Rey de Marién, la arribada del Almirante fué á visitarle, significándole cuanto le pesaba de su enfermedad y trabajos, y le dijo que no habia podido impedir las desgracias y muertes sucedidas á los cristianos: que él era su amigo, como lo habia probado en diferentes ocasiones: que por esto le querian mal todos los de la isla, y se ofreció á acompañarle con sus vasallos para pacificar la isla, y vengar las injurias que le habian hecho. No despreció el Almirante su oferta, y resolvió marchar en persona contra los caciques; pero ántes reflexando, que si entraba en campana con las pocas tropas que le quedaban, podian juntarse innumerables indios que sin duda lo habian de acabar, determinó atacar á sus enemigos unos despues de otros, y de emplear la astucia, maña y sorpresa, antes que declararse abiertamente con todas sus fuerzas. Como Caunábo Rey de Maguána, era sin contradiccion el mas terrible y poderoso de todos los caciques, trató el Almirante de asegurarse de él, y sabiendo que éste príncipe apreciaba mas el latón que el oro, y que tenia muchas ganas de tener en su poder la campana de la iglesia de la Isabéla porque le parecia que hablaba, aprovechóse de estas noticias para cogerlo de sorpresa, y encargó á Ojeda la ejecucion de su intento. Este capitán que mandaba en la fortaleza de Santo Tomás, despues de haber recibido las instrucciones del Almirante, partió con nueve hombres de á caballo, bien armados para ir á la Maguána, donde residia su Rey Caunábo, habiendo ántes hecho correr la voz de que iba cargado de regalos para ese príncipe, con quien querian los castellanos entablar una amistad firme y durable. La poca comitiva que llevaba el capitán Ojeda no dió lugar á sospechar el misterio que encerraba esta embajada, y así fué recibido con mucha magnificencia. Ojeda presentó al Rey los regalos que se le habian prevenido, dándole el acatamiento debido, acompañado de espresiones muy afectuosas de parte del Almirante, y de grandes quejas sobre los grandes preparativos que se hacian en toda la isla contra los cristianos, que no deseaban otra cosa que vivir en buena armonía con sus vasallos y todos los isleños: propuso despues varias condiciones muy racionales y ventajosas á los vasallos de Caunábo, y que el vínculo de la union de entrambas naciones habia de ser la campana mayor de la iglesia de la Isabéla; entre tanto añadió el capitán Ojeda (53) „mi general me ha mandado, señor, poner en tus

[53] Primera hazaña de los españoles muy propia de la gratitud y valor de estos gefes: ella fué el typo de la que eje-

manos un regalo raro y tan especial, que no se ha hecho semejante á otro príncipe: diciendo esto, le enseñó unos grillos y unas esposas, muy pulidos y bruñidos que parecian plateados, y le dió á entender que era costumbre de los Reyes llevar estas insignias á los pies y á las manos, que él se las pondria y vendria á caballo, y pareceria delante de sus vasallos como los Reyes españoles. Dió tontamente el príncipe en la trampa, y se dejó llevar donde estaban los compañeros de Ojeda: pusieronle los grillos, y el embajador que tenia su caballo pronto, mandó que así con las esposas lo subieran á las ancas de su caballo, y con sogas hizo que atasen su cuerpo con el suyo: luego se fué alargando al galope, y caminando aprisa, llegó á la Isabela con Caunábo, y se le entregó al Almirante, que tuvo un gozo muy grande, (54) por ver asegurado al único enemigo que tenia en la isla. Este cacique sufrió su desgracia con ánimo muy constante, y cuando entraba el Almirante á verle, nunca le hacia reverencia, sino á Alonso de Ojeda, y preguntado por el Almirante por qué se portaba de este modo, respondióle que jamás se humillaria delante de un traidor que no habia osado ir en persona de este modo á ejecutar su traicion, que valia mas su oficial que él, pues habia tenido valor para irle á prender. Esta alivéz costó la vida á éste infeliz Rey, y el Almirante no queriendo mandarle dar la muerte, determinó embarcarlo en un navio que despachaba para Castilla, el que habiendo naufragado se ahogó Caunábo, y pereció todo el equipage. (55)

Pedro Martir de Anglèria, hablando en contra de los pobres indios, porque quizás así lo hacian por entonces los que escribian á la córte, refiere el hecho muy de distinta manera. „Dice, pues, que habiendo querido Ojeda persuadir á Caunábo á que se fuese á ver con el Almirante, que el cacique consintió en ello; „pero con el dañado intento de matar á Colón, llevando con este „fin una numerosa escolta consigo; y preguntado por Ojeda, que „por qué llevaba tanta gente, le habia respondido que no le convenia caminar con menos comitiva; que entonces creyó Ojeda que „lo mejor era prevenir sus intentos, y fraguó el modo de asegurar-

cutó Hernan Cortés en México con Mocteuhsoma. De casta le viene al galgo el ser rabi-largo. La lectura de este hecho estomága al hombre mas ruin y prostituido.

[54] Poco despues fué llevado el mismo Colón á España con una barra de grillos: así pagó el cielo este gozo criminal... esta perfidia inaudita. ¿Qué justo es Dios!

[55] Sí, pereció con una inmensa riqueza, y con un grano de oro que habia servido de mesa á los españoles, el mayor que ha conocido el mundo. Véase el capítulo 14 de este tomo, y se quejarán los españoles de la pérdida de las Américas?... Dejara Dios de ser esencialmente justo si no hubieran recobrado su libertad; cotejen sus procedimientos con la clemencia y generosidad con que han sido tratados.